

3 «**Champán sobre hielo y un fonógrafo, todo incluido**»

Rio Branco, río Amazonas
8 de febrero de 1897

Mis queridos papá y mamá:

Hace una semana que estamos navegando por el río Amazonas. Hace mucho calor pero siempre sopla una brisa. Debo empezar desde el comienzo y contarles todo lo que voy recordando.

Entraron a los estrechos a un día de viaje de Pará. Entre un laberinto de mil islas boscosas, el canal lleva hacia el oeste de Marajó, una isla del tamaño de Suiza. Rica vegetación tropical rodeaba el Rio Branco y, en la curva pronunciada de Furo Grande, la selva rociaba tanto la proa como la popa y sembraba de hojas la cubierta. Árboles enormes, algunos alzándose majestuosamente a más de 100 pies, bordeaban la orilla.

El paisaje es magnífico, aunque es pura selva. Los árboles son de una altura tremenda; es todo verde con palmeras, lianas, etc., sin ninguna flor. Hemos pasado varias chozas nativas ocupadas por indígenas. Están hechas de madera y barro y los techos son de hojas de palmera; algunas directamente no tienen paredes, son nada más que cimientos y techo; no parecen tener más muebles que hamacas.

Siempre amante de los animales, Lizzie estaba fascinada por la historia natural del río: «Ya hemos visto dos *alligators*», escribió, «varias *garcias* y faisanes». Seguramente habrá querido decir caimanes (el cocodrilo sudamericano), garzas, y el curioso hoatzin,¹ un ave marrón del tamaño de un faisán que no acostumbra volar y que vive cerca del agua. Ahora Lizzie sentía nostalgia por su vida en su país y posiblemente estaba algo inquieta por el viaje que tenían por delante.

Siento mucho la falta de una compañera y, si hubiéramos sabido cómo se iba a organizar la expedición, habríamos traído a Bert, siempre y cuando hubiese aceptado un pequeño pago. Hay gente de todas las naciones y se ubican en cada rincón del barco, todos los alemanes juntos, etc., y eso lleva a que haya muchos celos. Hay tres ingleses pero son pasajeros de segunda clase, así que no debo conversar mucho con ellos. Debo considerar mi posición. He dormido en una hamaca todas las noches y ahora me gusta; hay que saber subir y es tan cómoda como una cama.

Habiendo entrado al cauce principal del Amazonas, los barcos se alejan de la orilla; es ahí cuando el tamaño del río impresiona por primera vez. Se ve agua dulce hasta el horizonte, de un marrón turbio, interrumpida solamente por balsas flotantes de pasto y camalotes de color púrpura.

Dos días después, a mitad de camino hacia Manaos, pasaron por la desembocadura del río Tapajós que se veía a babor. El Tapajós nace a más de 1.000 millas de distancia en el Mato Grosso del Brasil occidental y como un arroyo azul fluye hacia el norte y al Amazonas. En el punto de encuentro de ambos ríos, las dos aguas, una turbia, la otra clara, se arremolinan la una al lado de la otra, durante muchas millas río abajo, hasta que finalmente se confunden. Con un trasfondo de colinas bajas en la distante orilla sur, la tranquila ciudad de Santarém es un monumento a la historia del caucho. Lizzie nunca habló de Santarém, y probablemente haya escuchado sólo fragmentos de información acerca de Henry Alexander Wickham, quien se había establecido allí al poco tiempo de nacer ella.

Wickham era de esa curiosa raza extraordinariamente indefinida de viajeros de mediados del siglo XIX. Hijo de un notario de Londres, era un pionero dedicado a viajar. Se crio sin ambición, y llegó al Amazonas vía Nicaragua y Venezuela, estableciéndose finalmente con su esposa y con su madre en Santarém, donde trató de vivir de manera muy parecida a la de los lugareños construyendo una casa y trabajando en la ganadería. Wickham se encontró en el lugar en el

¹ En Bolivia, a este animal se lo conoce como pava serere o pava hedionda (*Ophithocomus hoazin*) [Nota de la editora en castellano].

momento justo. De vuelta en Londres, el Real Jardín Botánico de Kew necesitaba semillas de caucho: no cualquier semilla de caucho sino las mejores. Ya se había empezado a clasificar el caucho en el mercado de Londres, y ciertas clases alcanzaron precios muy altos. El caucho denominado 'Old dry fine Pará' se vendía por el mejor precio, y los constructores de imperios victorianos vislumbraban las ventajas de transferir la semilla de caucho a las entonces posesiones británicas de Ceilán (ahora Sri Lanka) y Malaya, y de producir el látex allí.

Para Wickham, un recolector de plantas autodidacta, esa actividad representaba una manera de financiar su estilo de vida pionero. Con la autoridad de la India Office² de Londres, bajo cuya jurisdicción se encontraban Ceilán y Malasia, el doctor Joseph Hooker, director de Kew, encargó a Wickham la recolección de 10.000 semillas o más. Se sabía poco acerca de la botánica del caucho, si bien los árboles eran fácilmente identificados por los recolectores y comerciantes. Las semillas de una especie, *Hevea brasiliensis*, podían ser recolectadas durante veinticinco años o más sin daños aparentes para el árbol; el árbol *Castilla elástica* moría después de la recolección.

Hooker necesitaba semillas de *Hevea* y las consiguió. Gracias al trabajo duro y la buena fortuna, Wickham recolectó 90.000 semillas, las empacó en hojas de banano y las despachó en un barco británico con destino a Liverpool. Para el momento en que Lizzie pasó por Santarém, ya había árboles de *Hevea* creciendo en Ceilán durante unos veinte años y la primera plantación malaya de caucho se vendía en Londres. Eso marcó el inicio de una guerra de precios.

Parece que Lizzie se adaptó pronto a la vida a bordo del Rio Branco, lo que no es de sorprender ya que con el patrocinio de Vaca Díez ella recibía una atención especial.

En primer lugar, estamos los dos muy bien y yo tengo hambre permanentemente. Vivimos muy bien, cenando con el señor Vaca Díez en una pequeña mesa, solamente seis personas especiales, así que recibimos lo mejor de todo, incluyendo vino; los demás no están conformes con la comida y no reciben vino a menos que lo paguen.

La clave para asegurarse dinero, posición y poder en el Amazonas era el territorio, y el territorio se contaba en *estradas* de árboles de caucho; a partir de ahí, el resto de los aspectos económicos se volvían sencillos. Conocidos como *seringueiros*, por *seringueira* (un nombre local para el árbol de caucho), los peones se quedaban en la selva recolectando o haciendo cortes para drenar el látex. Un *seringueiro* recibía un contrato para producir cierta cantidad de caucho crudo,

² La India Office era un departamento del gobierno británico que se estableció en Londres en 1858 con el objeto de monitorear la administración, mediante un virrey y otros oficiales, de las provincias de la India [Nota del traductor].

y lo hacía al ahumar el látex encima de un fuego de nueces aceitosas de distintas palmeras que ardían a fuego lento. Las mejores nueces, llamadas *inaja*, eran difíciles de encontrar, así que los *seringueiros* comúnmente usaban nueces *uricuri*, que eran tan grandes como el huevo de una gallina pequeña; eran sólidas y llenas de combustible. Para hacer una bola grande de caucho, un *pelle* o bolacha, se goteaba látex crudo sobre un palo que se giraba en el humo. Los detalles de la producción variaban según el lugar, así como también lo hacían los contratos, aunque el resultado era el mismo: un *seringueiro* estaba siempre en deuda, no por su propia mala administración sino porque estaba atado a un contrato y a un sistema del cual no podía escapar.

Cuando entregaba caucho al dueño de las *estradas*, al *seringalista* o al patrón -usualmente en un punto de recolección sobre el río-, al *seringueiro* se le acreditaba un monto de dinero que a menudo era mucho menos que el 50% del valor de mercado de lo que él había producido. Excusas huecas, que siguen sonando hoy en día, buscaban justificar el mal precio con gastos de transporte, pérdidas de seguros y gastos fijos que subían todo el tiempo... El *seringueiro* simplemente esperaba un bajo retorno y una triste existencia solo, o con su mujer y con sus hijos malnutridos en una *estrada* aislada. Las ciudades no existían en los 'ríos de caucho' remotos y las poblaciones distaban entre sí, así que el *seringueiro* estaba obligado a comprar su comida, ropa, rifle Winchester y cartuchos y los suministros para su familia -y cada cosa que necesitaba- al *seringalista*. Las compras se anotaban en el libro de cuentas, a menudo con 20% agregado como comisión, si bien los precios amazónicos ya eran altos. Día tras día, el *seringueiro* se encontraba cada vez más endeudado. Con una estación lluviosa que duraba varios meses, durante la cual no podía producir, la crisis de deuda de un *seringueiro* a veces llegaba a un punto de inflexión. Una estimación hecha en el cambio de siglo sostenía que cada tonelada de caucho costaba dos vidas mal pagas y, sin un costo de producción tan bajo, el caucho nunca habría dado ganancia. Un *seringueiro* tampoco podía escapar y perderse en el Amazonas, porque los *seringalistas* generalmente empleaban guardias armadas para seguir y traer de vuelta a cualquier *seringueiro* que huía. Eran comunes los puestos de guardia sobre los ríos, no sólo para evitar que los trabajadores salieran sino para disuadir de curiosarse a los visitantes no autorizados. Los forasteros no eran bienvenidos en aquellas tierras sin ley.

Algunos de los peligros del ambiente selvático ahora empezaban a afectar un poco la conciencia de Lizzie:

Hace unos días nos pasó algo muy desagradable. Uno de los españoles había tomado mucho en Pará y eso le provocó fiebre. Murió a bordo a las cuatro de esta mañana y durante esa misma mañana el barco se detuvo y lo llevaron a tierra y lo enterraron; lo

introdujeron en un crudo ataúd y le hicieron una cruz con su nombre. Hay también tres mujeres entre los emigrantes que están con fiebre, pero no me extraña: están todos hacinados como ganado abajo y el olor es espantoso.

Poco después el Rio Branco cambió su rumbo para evitar las corrientes en el lugar donde el Madeira entraba por la amura de babor. El suave siseo del agua y el ligero silbido de la máquina de vapor apenas cambiaban de ritmo. Novecientas millas río arriba, el Amazonas se encuentra desplazado hacia un lado por el agua clara del color de té del río Negro. Lizzie vio señales de una ciudad grande más adelante: en las orillas se veían poblaciones de chozas con techo de paja, mientras que las vacas y el olor a humo de madera indicaban nuevamente la civilización. Después del desayuno, manteniéndose a la orilla derecha del río, se dirigían al río Negro.

Realmente no sé cuándo llegaremos a Orthon, estamos moviéndonos tan despacio. Esta mañana [...] esperamos alcanzar Manaos donde nos detendremos por un día. Nosotros vamos a desembarcar pero los otros no podrán.

Los botes fluviales que llevaban inmigrantes se mantenían bien lejos de la orilla de Manaos para evitar que ninguno de ellos se echara al río. Para el momento en que habían llegado a este punto en su viaje, los reclutas deben haber adivinado el destino que los esperaba río arriba. Muchos intentaban huir antes de que fuera tarde, pero Manaos no les ofrecía mucho: era un lugar para los ricos.

Tal vez falta una de las cartas de Lizzie, o tal vez ella nunca desembarcó. Por el contrario, simplemente pudo haber cerrado los ojos ante tal insólita escena, decidiendo no decir nada. Manaos fue el centro rutilante del Amazonas, una ciudad donde se gastaban enormes sumas de dinero y se olvidaban, mientras los barones del caucho locales hacían realidad sus fantasías. A diferencia de Suárez y Vaca Diez, que vivían en sus terrenos, la mayoría de los barones del caucho se quedaban en la ciudad, dependiendo de gerentes y de una cadena probada de mando que llegaba al interior de la selva.

Durante el tiempo en que el Rio Branco estuvo en el puerto, Lizzie debe haber podido vislumbrar la enorme estructura del teatro Amazonas, que dominaba la silueta de la ciudad; azulejos dorados, verdes y azules -los colores nacionales de Brasil- cubrían su cúpula. El teatro, que los británicos conocían como la *Opera House* (Casa de Ópera), se había inaugurado en diciembre 1896, y la primera función se había realizado apenas mes antes de la llegada de Lizzie y Fred. Un sueño del gobernador Eduardo Ribeiro, el edificio había costado el equivalente de dos millones de dólares, un emprendimiento extravagante a tono con el espíritu de Manaos: los herrajes

se habían transportado desde Glasgow, el mármol desde Italia, los espejos, los candelabros y la más fina porcelana de Sèvres en Francia, y los muebles habían sido tallados a mano en Londres. La decoración de las paredes, los cielorrasos y el telón se había encargado a distintos artistas.

El 6 de enero 1897 el *Diário Oficial*, el periódico más importante de Manaos, anunció que el día siguiente la Grande Companhia Lirica Italiana iba a representar *La Gioconda*, la ópera de Amilcare Ponchielli. El director de orquesta iba a ser Enrico Bernardi, la *Gioconda* sería representada por L. Drog y A. Tumugalti cantarían la Greca. Al igual que muchas ocasiones importantes en Manaos, el espectáculo de la noche había sido organizado por un empresario, esta vez Joaquim de Carvalho Franco, quien para el 10 de febrero, cuando Lizzie se encontraba ahí, reclamaba ciertos gastos al gobierno. También seguían las disputas por pagos referidos al trabajo final de construcción, y había conflictos con J.C. Ferreira Villas Boas respecto de las cuentas por el carbón traído de Cardiff para alimentar los generadores de electricidad. Tras muchos años de planificación y de finanzas que sufrían avances y retrocesos, el Teatro Amazonas empezó su vida útil con un tropezón. Circulan muchas historias de triunfo cerca de los espléndidos y rutilantes espectáculos que ofrecía, la mayoría sin fundamento, y es cierto que Caruso y Bernhardt nunca se lucieron en este extraordinario elefante blanco.

Los ricos y poderosos de Manaos vestían las modas más finas de Europa y usaban el dinero de manera tal que parecía que conservarlo era motivo de vergüenza. Diamantes y oro se comerciaban abiertamente como la divisa de preferencia. Una madama manejaba un dorado burdel flotante que alojaba a las más tentadoras chicas brasileñas y ofrecía «frecuentes excursiones a todas partes del río: champán sobre hielo y un fonógrafo, todo incluido». Las fiestas en Manaos tenían que ser desenfundadas para ser noticia, así que una bañera llena de galones del mejor champán francés y una judía polaca desnuda forman parte de una historia de dudoso pero duradero valor; posiblemente, porque tiene todos los condimentos necesarios. Judías polacas eran las amantes predilectas de los hombres ricos de Manaos, y el champán era un gusto fácilmente adquirido. A dos dólares la botella se consumía en toda oportunidad, en una bañera hermosamente tibia, o así se dice. Nada sorprendía en Manaos, y la versión que relataba que más del 60% de las residencias eran prostíbulos nunca llamó demasiado la atención.

Fred debe haber sido renuente a dejar la ciudad, con su claro potencial para hacer negocios. El comercio siempre se desarrollaba con buen ritmo, y todos los días se abrían nuevas tiendas. Un puerto flotante se había construido para acomodar la subida y caída anual de 45 pies del río Negro: no se trataba de una marea, sino sencillamente el efecto de una estación lluviosa tropical. Un noble polaco, el

barón Rymkiewicz, y un ingeniero cubano, el señor Lavendeyra, recibieron la concesión para hacer la obra primero, con el apoyo de la Booth Steamship Co., una empresa británica. En comparación con Pará, Manaos quedaba rezagado en cuanto a tranvías, el sistema telegráfico y telefónico, y la banca; pero la situación no duraría mucho porque las tierras de caucho río arriba eran las más ricas encontradas hasta ese momento.

Con Fred y Lizzie a bordo, el Rio Branco ahora avanzaba hacia los implacables bosques que alimentaban el creciente *boom*. La próxima parada era Iquitos, 1.000 millas río arriba. Del río Negro el vapor entró de nuevo al Amazonas o Solimões, el nombre que los portugueses dieron a esta parte del río, que aquí es muy ancho. En febrero empieza la crecida anual, que rebasa los altos terraplenes e inunda millones de millas cuadradas de selva, pero las pocas poblaciones donde atracaba el Rio Branco estaban emplazadas sobre tierra levemente más alta. La última carta de Lizzie antes de llegar a Perú terminaba:

Ayer paramos para subir ganado de una pequeña granja; era muy divertido. Atan sogas a las pezuñas del buey, y lo dirigen al agua; después tiene que nadar al barco; algunos dieron mucho trabajo y a menudo los hombres tuvieron que salir corriendo.

Ahora les diré adiós por las próximas dos semanas, cuando escribiré desde Iquitos: piensen en mí navegando tranquilamente. Con cariños a todos de parte de Fred y mía.

Vuestra hija que los quiere,

Lizzie

A la derecha entran más ríos. Los más grandes, el Japurá, el Putumayo y el Napo, nacen en las nieves de los Andes de Colombia y Ecuador. El Putumayo fluye a través de las selvas del abundante *Castilla* en una región donde en tiempos de Lizzie los límites estaban mal definidos. Las disputas fronterizas eran tema diario de conversación sin estar resueltas en ninguna parte; una tierra de nadie esperaba al que tuviera el coraje para tomarla. Nada, ni siquiera una yarda de selva, estaba segura, y los intereses comerciales invariablemente trascendían las fronteras nacionales. Iquitos, su destino, era el centro de muchas disputas. Antes se lo conocía como ecuatoriano, pero en la época de Lizzie fue reclamado por Perú. Al estar muy lejos río arriba de un lado y aislado del Pacífico gracias a los Andes del otro, Iquitos era como el fin del mundo. Gran Bretaña no disponía de representación oficial allí, por lo que Lizzie y Fred eran los invitados de la casa comercial alemana de Wesche.

Wesche & Co., consulado alemán, Iquitos, Perú
12 de marzo de 1897

Mis queridos papá y mamá:

Llevamos las últimas tres semanas aquí en Iquitos sanos y salvos. Estamos alojados en la única casa linda de la ciudad, propiedad de un tal señor Weiss, un soltero alemán para quien teníamos una carta de presentación. Él envió a una persona a buscarnos al Rio Branco, y seremos sus invitados por unas seis semanas, si decidimos quedarnos. Hay un ama de llaves alemana que es muy simpática y que habla bastante buen inglés, así que tengo una compañera: también hay doce empleados que viven en la casa, y por lo tanto somos como una gran familia.

Las otras personas de la expedición tienen casa en la ciudad pero sin amueblar; tienen que hacer lo mejor que puedan con sus hamacas, etc. Más de tres cuartas partes de los emigrantes han desertado, por lo que estamos buscando indígenas de río arriba a ver si encontramos. Hasta ahora han muerto solamente dos personas debido a su propia negligencia en los distintos pueblos donde hemos parado para reaprovisionar combustible. Todos desembarcaron, trajeron de vuelta frutas verdes y terminaron con fiebre. Estos españoles son muy temerarios, y estamos sorprendidos de que no hayan enfermado más de ellos.

El viaje por vapor ordinario de Pará a Iquitos lleva solamente dieciocho días, pero nosotros tardamos exactamente cuatro semanas. Tuvimos que remolcar dos barcazas, y a veces parábamos en pequeños pueblos dos veces por día por combustible. Los emigrantes no nos dieron mucho trabajo, pero amenazaban siempre con fusilarnos a nosotros seis que cenábamos en una mesa especial, porque a ellos no se les daba buena comida. Cada noche teníamos a dos centinelas en las escaleras, armadas con rifles y pistolas, pero no pasó nada; hacen mucho ruido pero son cobardes. Nos pusieron tan cómodos como fuera posible en el vapor, pero después de las primeras dos semanas el viaje se tornó monótono. En el campo se vislumbraron varios loros, faisanes y garcías.

El Iquitos actual está poblado por una amplia gama de razas y nacionalidades, más que cualquier otro lugar del Amazonas. No se trata de un único restaurante chino que emite el tentador olor de wantán frito a la calle, sino de docenas. Las caras de los indígenas selváticos de piel clara se mezclan con el color bronce más oscuro de los mestizos de los Andes. Turcos, libaneses, sirios, refugiados de la Europa en guerra, estadounidenses tanto blancos como negros, medio mundo parece haber terminado en Iquitos. Casi un cuarto de siglo antes de la llegada de Lizzie, James Orthon había dicho: «Ahora son 2.000,

ingleses, estadounidenses, portugueses, peruanos, indios y personas insulsas, las últimas formando una clase numerosa».

La parte principal de la ciudad se ubica bien encima del río, razón por la cual fue elegida por los jesuitas en 1739 para fundar un poblado. Sin el terraplén, la ciudad estaría bajo agua; por cierto, una parte sustancial ya queda así en la estación de inundaciones, cuando el río sube 30 pies. Las inundaciones han provocado el colapso del terraplén, y partes de la costanera o del malecón cuelgan en el aire, a punto de caerse hacia el Amazonas. Aparte de su pedestal barroso, a primera vista Iquitos parece estar mal ubicado ya que se encuentra a más de 120 millas río abajo desde la confluencia de dos afluentes impresionantes, el Ucayali y el Marañón. Es sólo cuando el agua está baja, durante julio y agosto, cuando Iquitos se destaca, así que cuando llegó Lizzie en febrero 1897 el Rio Branco podría haber navegado casi hasta la calle principal.

Iquitos tenía menos de 6.000 habitantes en ese momento y, si bien sus fortunas mejoraban, su prosperidad todavía se veía muy lejos en el futuro. Orthon había remarcado:

En Iquitos se encuentran setenta u ochenta ingleses, empleados de talleres públicos, algunos con sus familias, y comprenden el cuerpo más grande de anglosajones en todo el Marañón –el ocasional yanqui quien, en este distrito, no parece ser un gran desarrollador de ideas– y algún que otro alemán que parece buscar una buena posición, como también la busca el ocasional francés.

Lizzie, sin embargo, nunca habló de encuentros con compatriotas, y el vapor puede sencillamente haber seguido su rumbo río arriba. La presencia en ese momento de británicos en el Amazonas era un indicio de dinero, o de cierta perspectiva de hacerlo. Durante los primeros días, los principales intereses eran la corteza de cinchona para la extracción de quinina, y la ingeniería de transporte fluvial, que era un comercio floreciente, sobre todo para los ingenieros británicos.

Cuando Lizzie y Fred llegaron, no había nada muy nuevo en la ciudad, y ella la describió con estas palabras:

Iquitos es una ciudad muy pequeña y está ubicada en la parte de atrás de una bahía, así que tengo una vista muy linda desde mi ventana; hay selva a los dos costados y el río está justo adelante. Desde que estoy aquí he salido nada más que dos veces, y solamente para ir al vapor inglés Huaskar para desayunar. La gente no piensa en salir a pasear; la casa es grande y hay una larga veranda donde sí caminamos.

Un informe más detallado, o tal vez uno que no haya sido manipulado en beneficio de la familia allá en Inglaterra, era aquél de un viajero

británico del cambio de siglo, Joseph Woodroffe, quien pasó un mes en la ciudad sin la protección de los lujos brindados por el señor Weiss. Las casas de alojamiento eran miserables y sucias; había lámparas de querosén que echaban humo durante la noche, y todo el día las calles estaban llenas de una cacofonía de ruido y animales buscando comida. Woodroffe escribió sobre «desagües abiertos, buitres, y cerdos en la calle alimentándose de la basura. Las instalaciones sanitarias apenas se conocían excepto por donde unos extranjeros habían levantado toscas estructuras por encima de profundos pozos». Alrededor de las casas había pilas de desechos «consistiendo mayormente de latas vacías, botellas rotas, vajilla y los usuales desechos de la cocina». En este revoltijo «aves de corral escarbaban todo el día y patos sucios andaban en charcos de agua inmundada tirada desde la cocina». No había agua potable salvo «aquella que se compraba a aguateros en la calle», y aun esa transacción llevaba riesgos, ya que uno podía ser alcanzado por el contenido de una bacinilla tirada a la calle desde alguna puerta o ventana. Ir a pasear no era muy popular, Lizzie había dicho, y uno entiende por qué.

En 1866, el Amazonas se abrió a la navegación internacional por decreto imperial brasileño. Al principio solamente unos pocos barcos se arriesgaron a navegar río arriba, pero el comercio y la navegación mejoraron rápidamente. Después de Pará y Manaos, Iquitos se convirtió en el blanco de los británicos, y el Huáscar (o Huaskar, como lo escribió Lizzie), una nave pequeña de nada más que 900 toneladas, era una de los primeros barcos británicos en llegar directamente desde Inglaterra. Mientras Lizzie esperaba que Fred y Vaca Diez completaran sus preparativos para la siguiente etapa, conoció a James Good, el capitán del Huáscar.

Ahora están operando vapores directos desde Liverpool a Iquitos. El primero era el Huaskar, con el capitán Good, un hombre muy simpático. Me acaba de mandar en este preciso momento unos *mince pies*.³ Yo le había comentado que me gustan las tortas, así que cada par de días me envía algo rico; siempre desayunamos, o mejor dicho almorzamos con él los domingos. Si lo podemos organizar, Bert debe venir en su vapor.

3 Tartaletas de frutas secas y especias que en el Reino Unido se consumen durante la Navidad [Nota del traductor].

[Iquitos]
29 de marzo [de 1897]

Mis queridos papá y mamá:

Desde mi última carta he estado muy feliz. El día 19 asistí a un baile a bordo del Huaskar. Cumplía años del capitán y el barco estaba hermosamente decorado con banderas y lanternas chinas. A las veintiún horas abrí el baile con el capitán y bailé cada pieza hasta la una de la mañana. Nos divertimos muchísimo; fue como un lindo cambio en nuestras vidas que ahora están tranquilas.

Entre los recuerdos que Lizzie envió a su casa había una tarjeta de visita del capitán Good con una invitación, impresa en español y dirigida al «señor Fred Hessel y señora», a visitar su barco el viernes 19 de marzo para tomar el té.

Wechse era la principal casa comercial en Iquitos y cada comercio de caucho necesitaba el crédito de Wechse y sus conexiones en el exterior. Se conocía a Iquitos en ese momento por dos motivos: era caro y estaba aislado, y comodidades tan básicas como manteca enlatada y huevos eran escasos y se vendían con sobreprecio. Para compensar estas penurias casi todo podía intercambiarse por caucho, hasta las abuelas -aunque no valían tanto como las ‘mujeres frescas’, las niñas indígenas de la selva-.

Poco después de su llegada Lizzie habló de «indígenas de río arriba», y claramente Vaca Díez padecía una escasez de mano de obra. En otra carta se refirió a los quinientos emigrantes japoneses que estaban esperando recibir. Movilizar a las personas alrededor del mundo no era nada nuevo: los antepasados de los chinos que viven en el Iquitos de hoy en día llegaron a Perú entre 1861 y 1875, con el comercio de culíes que salían de Macao. Llegaron como obreros a trabajar la tierra o en proyectos de ingeniería, como por ejemplo los ferrocarriles. Los contratos eran duros:

Se declara solemnemente en el presente contrato que yo, Chie Lom, he libre y espontáneamente acordado con Don ... embarcar en el barco italiano con el objeto de viajar a Perú -y yo me comprometo en el momento de llegar a ponerme bajo las órdenes del caballero arriba mencionado [...] para servir [...] durante ocho años.

La tarifa de ida era pagada por el empleador peruano, quien ofrecía gastos pagos y vacaciones de tres días por año para las fiestas religiosas. Las deudas tenían que saldarse con trabajo, y la tarifa de regreso a casa no estaba contemplada. Es un viejo dicho en Sudamérica que, si hacía falta un contrato, el impresor local de folletos imprimiría varias copias, con todos los sellos gubernamentales, sin

hacer ninguna pregunta. Los impresores deben haber hecho buen dinero con la cantidad de contratos de mano de obra en ese período.

Aparte de los inmigrantes de ultramar, los sudamericanos nativos también formaban parte de la fuerza laboral. Los flagelados, nombre para las personas 'sufridas' de Ceará -en el nordeste árido y empobrecido-, llegaron en masa al Amazonas durante las severas sequías de 1877 y 1888. Cualquiera cosa era mejor que morir de hambre en casa, o así creían. Algunos estaban tan desesperados y deshumanizados que hasta se aventuraron más allá de Iquitos. Lizzie describió a los lugareños:

Los peruanos son muy parecidos a los indígenas, con piel amarilla, y pelo y ojos negros; la mayoría caminan descalzos. La forma en que trabajan los hombres es maravillosa. Como si fueran animales, los cargan con un muy pesado equipaje que llevan sobre sus espaldas, atado alrededor de la frente con una cincha; de esa manera un hombre subió todos mis grandes baúles.

Julio César Arana, un peruano muy capaz, iba a hacer historia. Hijo de un confeccionador de sombreros de la pequeña ciudad de Rioja, en la falda de los Andes, Arana primeramente se mudó a Yurimaguas, ubicada sobre el río Huallaga, un afluente del Marañón, donde aprendió a la fuerza el negocio del caucho. Él comerciaba, hacía enemigos y dinero, tomaba decisiones hasta que finalmente, en 1886, con treinta y dos años, se estableció en Iquitos. Arana triunfó primero como Arana Hermanos, luego como la Peruvian Amazon Caucho Co., y finalmente como la Peruvian Amazon Caucho Co. Ltd., empresa que comenzaba a cotizar en la bolsa de Londres con un capital de un millón de libras.

Lizzie nunca mencionó a Arana, aunque en un lugar tan pequeño como Iquitos él no se habría perdido su llegada. Una expedición guiada por un competidor como Vaca Diez en el Rio Branco habría dado tema de conversación a los iquiteños durante semanas. Vaca Diez claramente hablaba en serio y, aun teniendo como destino Bolivia, Arana odiaba la competencia.

Fred y Lizzie se quedaron en Iquitos durante casi tres meses, como invitados del hospitalario señor Weiss. Vaca Diez fue río arriba, dejando a Fred a cargo. Lizzie estaba contentísima con lo que este hecho suponía.

El señor Vaca Diez ha ido río arriba por más o menos una semana y ha concedido a Fred el control total, así que estamos bien. Somos los más afortunados de la expedición: hacemos de todo y tenemos todo lo que queramos. Al señor Vaca Diez le ha caído muy bien Fred.

Ahora me toca contarles cómo paso mis días. A las seis nos levantamos y nos duchamos, y luego tomamos café. Fred sale a

supervisar cosas, y yo sigo deshaciendo los baúles. El clima aquí es tan húmedo que es necesario dejar todo al sol cada tantas semanas; también debemos dormir en nuestras mantas. A las once tomamos el desayuno, que es más como una cena, pero es muy frecuente que durante una semana entera no recibamos carne fresca, y debamos vivir de carnes y verduras enlatadas, aunque hay mucho vino rico como recompensa.

Luego del desayuno tomamos café en el salón, seguido por una buena siesta de un par de horas. Después me visto para la cena a las cinco y media; tras la cena hay música o paseamos, tomamos tragos y luego nos vamos a la cama a las veintiún horas. Todos toman la vida de una forma muy tranquila; no hay prisa ni la necesidad de estirar el dinero, y son todos tan hospitalarios. Estamos aquí por el tiempo que deseemos en un cuarto hermoso y disfrutando de todo lo mejor. No pagamos nada: somos invitados. Ahora pienso que no tengo nada más que contar, salvo decirles que me gustaría visitarlos.

Hoy hizo 96 grados.⁴ Los mosquitos aquí son terribles, pero aprendí un truco para cazarlos. Les pido que dejen que Rosie [hermana de Lizzie] lea esto ya que no tengo su dirección, y mando cariños para todos.

Con todo mi amor por ustedes dos, de parte de Fred y mía,
Lizzie

Hacer dinero –el objetivo de toda la expedición– nunca estuvo lejos de sus mentes.

Me temo que tomamos la vida tan tranquilamente en estos países. Debemos hacer nuestra fortuna antes de asentarnos de nuevo en Londres, para poder estar tranquilos allí también. Los mosquitos son espantosos: tengo que usar dos pares de medias.

Con medio millón de árboles de caucho esperándolos en los alrededores de Orthon, el futuro parecía estar asegurado.

⁴ La temperatura está expresada en la escala Fahrenheit, que equivale aproximadamente a 35 grados Celsius [Nota del traductor].

